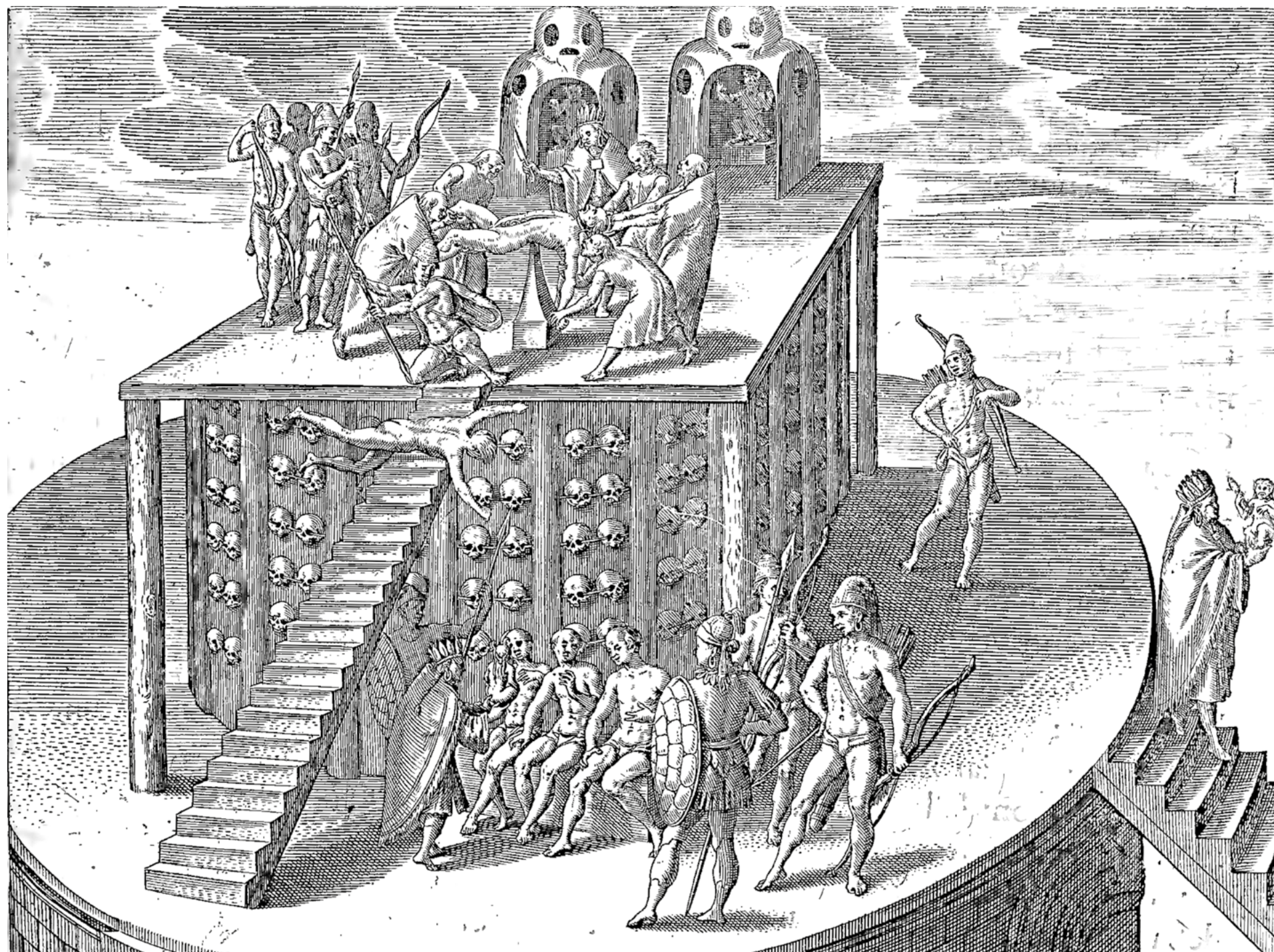




El Caníbal Inconsecuente

Gaceta literaria de periodicidad no fija



Índice

Editorial.....[2]	Jacinto Jijón y Caamaño: Esbozos de un científico moderno	<i>Kori-Marka</i>
Polifonía de la esclavitud Charcas, XVII <i>Paola Revilla</i>[3]	<i>María José Jarrín</i>[7]	Una curiosa novela de ciencia ficción de los años treinta
Microhistorias bandidas. El caso de José García <i>Huascar Rodríguez García</i>[5]	Percances de un ahijado Apólogo <i>Julio Lucas Jaimes</i>[9]	<i>Freddy Zárate</i>[10]
		La estética pragmática <i>Óscar Rivera-Rodas</i>[12]

Editorial

Este año, después de una larga vacación, El Caníbal Inconsecuente retoma su gaceta de periodicidad no fija para continuar reflexionando sobre diversos temas ligados al arte y a la cultura, pero sobre todo a la relación que existe entre historia, literatura y disciplinas filosóficas como la estética. De esta manera, este número explora las grandes posibilidades que se abren desde narraciones en apariencia mínimas. Paola Revilla, por ejemplo, le da voz a personajes de la vida cotidiana charqueña para comprender los complejos intercambios vinculados con la esclavitud colonial. Por su parte, Huáscar Rodríguez, a partir del recorte de un periódico cochabambino, nos adentra en las aventuras de uno de los últimos grandes bandoleros de la región. Pero este caso también le sirve para interrogarse sobre metodologías de investigación histórica y sobre la inmensa cantidad de tesoros ocultos en los archivos. María José Jarrín, a su vez, nos propone el retrato de un importante intelectual ecuatoriano, Jacinto Jijón y Caamaño, a través de algunos hitos de su recorrido. Jijón y Caamaño representa una de las figuras más importantes de la élite quiteña finisecular, pero debe en gran parte su fama a su trabajo como coleccionista y arqueólogo. Parte de esa formación y ese gusto por las antigüedades se debe también a los años tempranos que pasó en La Paz, donde se interesó en Tiwanaku. Justamente, estas ruinas se encuentran también en el corazón de la novela *Kori-Marka*, de Julio Aquiles Munguía, que nos presenta Freddy Zárate. Esta novela futurista une el pasado prehispánico y misterioso de los Andes bolivianos con una crítica a los excesos de una urbe como Nueva York. Finalmente, la narración se vuelve también una advertencia moralista en plena década de 1930. Por último, esta edición se cierra con la segunda columna de Óscar Rivera-Rodas sobre aproximaciones a la estética. Como siempre, nuestras páginas se encuentran abiertas a la colaboración de todos los interesados, a quienes invitamos a que nos escriban a nuestro correo: canibalinconsecuente@gmail.com



Envío de textos y correspondencia: canibalinconsecuente@gmail.com

Dirección y edición: Kurmi Soto Velasco

Colaboraciones: Paola Revilla
Huascar Rodríguez García
María José Jarrín
Freddy Zárate
Óscar Rivera-Rodas

Diseño y diagramación: Óscar Claros

Este documento se publica bajo licencia Creative Commons:
Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Esta licencia permite descargar y compartir esta obra con otros, siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada. No se permite, sin embargo, cambiar de forma alguna los contenidos ni crear obras derivadas o hacer un uso comercial.

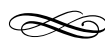
Percances de un ahijado

Apólogo

Julio Lucas Jaimes

Este texto apareció en La Broma, una revista satírica limeña, el año 1878. Su autor, el potosino Julio Lucas Jaimes gozaba de gran renombre en la capital peruana y, junto a varios autores como Ricardo Palma o Manuel Atanasio Fuentes, participó en varios proyectos editoriales durante este tiempo previo a la guerra del Pacífico. El boliviano se hizo conocido por gustar de la fiesta y de la buena vida,

tanto así que sus compañeros le recriminaba que “al tal Jaimes le gusta / andar de corbata blanca / y su deber desatiende / por bailes y otras guaraguas”. Estos espacios, que eran el punto de encuentro entre la literatura y el poder político, también le permitían ejercitar su vena cómica. Un ejemplo de ello son estos versos escritos en tono humorístico que se detienen en las buenas costumbres en sociedad.



Era mi ahijado un hombre
(dejad por caridad que oculte el nombre)
de inclinaciones en verdad sencillas,
nacido y educado,
bachiller en derecho y licenciado,
allá del Titicaca en las orillas.

Simpática figura,
inteligencia e instrucción madura,
mas de genio tan corto
y miras tan estrechas
que jamás hizo cosa a las derechas.
Hablabas como un libro, estando solo,
y desplegabas no común talento;
mas teniendo auditorio,
¡adiós!, el hombre se tornaba un bolo
y ensartaba dislates ciento a ciento
(haciendo de su lengua un envoltorio).

Acogíle con gusto,
procurando calmar el mucho susto
que lo tuvo agitado
mientras quedaba en regla presentado;
y ejerciendo el destino
de director de mi novel ahijado,
hablele sin rodeos francamente
del modo que juzgué más elocuente.

Mire, le dije un día,
su carácter de U., tan moderado,
ese genio tan corto y apocado,
dará pruebas potentes
de mérito y de virtud, yo no lo dudo;
mas entre ciertas gentes
que profesan por ley la del embudo,
tiene tal proceder inconveniente
y es obrar con prudencia
oír lo que nos dice la experiencia
que no habla en vano ni aconseja tarde
ni deja sin castigo al que es reacio:
“no pasará la mar quien fue cobarde,
ni el hombre corto llegará a Palacio”.
Con esta y otras varias
razones de cajón y extraordinarias,
alcancé a convencello

y prometió por fin poner el sello
a ese su genio y cortedad maldita
yendo conmigo el pobre a una visita.

Vestido con decencia
salvo cierto sabor, azas serrano,
cubrió con guante de préville la mano
y arregló cuanto pudo su presencia.
Estaba decidido
y resuelto por fin y convencido.

Mas, todo fue llegar a la antesala
y quedarse perplejo;
turbado y balbuciente,
pricipió saludando a la sirvienta
y saludóse él mismo en el espejo.

Llévelo de la mano
hacia el lugar do la señora estaba,
sentada a la sazón ante el piano;
mas iba tan turbado,
que al serle presentado:
-Tengo la honra, señora, le decía,
de reputaros servidora mía.

Retrocedía el andino
espantado del propio desatino
y dio contra el chinero,
echó por tierra un rico candelero
y al intentar alzallo
procurando borrar todas las huellas,
pisó a un señor el callo
y le hizo ver con rabia las estrellas.

Perdido, confundido,
objeto de imprudentes carjadas,
zumbábale el oído,
eran ya vacilantes su miradas
y si no le socorro,
y le ayudo y le animo poco a poco,
de allí al Cercado le llevaran loco.

Mucho sirve el talento,
pero mal educado
y del trato de gentes alejado,
hasta el mismo Licurgo es un jumento.